

EL PRIMER GERARDO DIEGO VANGUARDISTA

Francisco Javier Díez de Revenga

Acaba de aparecer, coincidiendo con el fin de año, y en la popular colección «Crisolín», superviviente del mundo editorial de los años cincuenta y sesenta, el libro *Imagen (poemas)* de Gerardo Diego¹, con el que la editorial ha festejado la Navidad del año en el que el poeta murió. Es un acierto recoger libros como éste de un poeta de la categoría de Gerardo Diego que, sorprendentemente, todavía —y al contrario que el resto de los poetas de su época— no tiene publicadas sus obras completas. Por ello, es posible que, por este medio, *Imagen (poemas)* sea un descubrimiento de un Gerardo Diego muy auténtico, como lo han sido en ocasiones editoriales anteriores *Alondra de Verdad*, *Angeles de Compostela*², *Manual de Espumas* o *Versos Humanos*³.

Si interesa hoy este pequeño volumen de versos, escrito entre 1918 y 1921, es porque, en estos tiempos en que en poesía se buscan nuevos caminos que sirvan para la expresión de nuestro tiempo, podemos encontrar al poeta juvenil lanzado a la búsqueda de un mundo nuevo de expresión poética. Y dado que *Imagen (poemas)* se compone, desde su edición príncipe, de tres partes, de las cuales la primera es ultraísta y las dos siguientes creacionistas, el presente volumen nos es útil para conocer el sentido de ambos movimientos, sus diferencias —que, en contra de lo que se ha opinado, son muchas, y en estos libros es posible advertirlo—, y, desde luego, el paso del poeta del 27 por estas dos tendencias. O por mejor decirlo, el paso por el ultraísmo y su detención y adscripción definitiva en el creacionismo, en el que habría de permanecer hasta los años setenta u ochenta de nuestro siglo.

Compónese, en efecto. *Imagen* de tres partes. La primera se titula «Evasión», y se constituye en la máxima representación de la adscripción ultraísta del

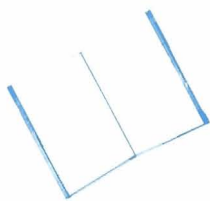
poeta. Como él ha señalado, no se trata de evadirse de nada ni de escurrir el bulto, sino todo lo contrario, comprometerse con una estética nueva: «evasión de prisiones, de jaulas estróficas o de otra índole, amor del riesgo y exploración de lo incógnito». Tales espacios desconocidos no eran otros que las cabriolas ultraístas, a cuya ortodoxia más rigurosa el poeta está en estos momentos adscrito. Luego, muchos años después, Diego ha comentado la configuración de tal poesía como canciones con «inevitables gallos y fallos», justificando lo que era obligado al cultivar experiencias ultraístas. Puede ser que hoy día tal poesía resulte desenfadada, pero, si mantiene su carácter sorprendente, cumple plenamente con los objetivos que la produjeron. Una cuestión que ha de llamar la atención es la superación de la eufonía de la rima consustancial con la poesía tradicional. Un poema como «Nocturno funambulesco» supera con creces los conceptos establecidos en lo que a rima se refiere, reiterando sonidos no admitidos en la estética común: «Sobre el silencio terrestre/ se abre el blanco circo ecuestre/ en el paisaje rupestre/ de la luna». Se intenta, desde luego, como se dice en otro poema, «repudiar lo trillado/ para ganar lo otro». No se trata, por supuesto, de una escritura automática, ni se pretenden evocar rincones oníricos de nuestra mente. Ahora, lo que Gerardo quiere es superar una estética manida e ir, como etimológicamente canta el movimiento, «más allá». Una buena prueba de que el poeta tiene los pies en la tierra lo constituyen, indudablemente, los poemas que componen el «Zodiaco», representaciones de cada uno de los signos en las que se unen lo mítico, lo mágico y lo cultural, o el poema «Apunte», en el que se evoca un dorado atardecer veneciano que se sobresalta por la insistente presencia de las estrofillas rimadas en «-mente».

Algo muy distinto es lo contenido en la segunda parte del libro, que se reúne bajo el título de «Imagen múltiple» y que está compuesto por una serie de poemas en los que se han tomado unas decisiones formales que hacen que sean distintos de los anteriores. Se ha prescindido de los signos de puntuación y se ha incorporado la representación plástica del poema a su propia expresión, por medio de meditadas disposiciones tipo-

1 Gerardo Diego, *Imagen (poemas)*, Crisol, Serie especial, Madrid, 1987.

2 Gerardo Diego, *Alondra de Verdad. Angeles de Compostela*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Clásicos Castalia, Madrid, 1985.

3 Gerardo Diego, *Manual de Espumas. Versos Humanos*, edición de Milagros Arizmendi, Letras Hispánicas, Cátedra, Madrid, 1986.



Theatro de la gentilidad

gráficas de orden casi caligramático. Unas breves palabras teóricas nos introducen en el poemario y ponen de manifiesto la adscripción de éste a las enseñanzas que Huidobro había traído a España. En observaciones muy en consonancia con el pensamiento del poeta chileno, Diego asegura que «poesía es creación» y desea «que la obra viva por sí sola y resucite en cada hombre una emoción distinta».

La estrella de la colección sigue siendo el poema «Gesta», del que sabemos, por haberlo explicado el poeta en diferentes ocasiones, que se trata de una autobiografía en imágenes «más o menos irracionales». Su lectura resulta emocionante en su longitud y en su libertad de interpretación. El lector penetra en la vida del poeta y la lee a través de numerosos versos que surgen como chispazos originales en los que se van creando imágenes, que, posiblemente, habría que relacionar con las «greguerías» de Ramón Gómez de la Serna, con quien el poeta, justamente, estaba en esta época bastante relacionado. Otros poemas del conjunto responden a intenciones diversas en las que confluyen el común sentimiento de crear imágenes que sean representación de mundos, tal como querían los dos maestros del poeta en este momento: Juan Larrea y Vicente Huidobro.

La tercera parte se titula «Estribillo» y se configura como un intento de incorporar el sentido musical del estribillo, con toda su lección de popularidad, a la nueva poesía. Se parte de un poema, «Estética», significativamente dedicado a Manuel de Falla, en el que confluyen, dentro de su corto espacio, lo popular, lo musical y lo creacionista, para terminar con un conocido «Estribillo Estribillo Estribillo/ El canto más perfecto es el canto del grillo». A esta parte, pertenece otro «clásico» de la poesía creacionista española, que podemos hallar con facilidad en las antologías al uso: el poema «Columpio», que se recuerda por su virtualidad plástica, al ofrecer la ordenación caligramática de sus palabras en la representación tipográfica el vaivén de un columpio, que se configura como imagen de la vacilación soñadora.

Imagen (poemas) abría así, de la mano de la lírica hispánica más avanzada en ese momento (Huidobro, Larrea), el camino para una nueva representación poética del mundo. La imagen creacionista era el vehículo y la sorpresa que causó entre los lectores y entre los entendidos de poesía no fue poca. Antonio Machado, que distinguía con su afecto al joven poeta que estaba empezando y que conocía sus cualidades como tal (en 1924, le otorgaría el Premio Nacional de Literatura un jurado en el que estaría don Antonio, aunque eso sí a un libro muy diferente a este, *Versos humanos*), le dedicó una reseña, como ésta más o menos, en el periódico

La voz de Soria, en la que el autor de *Campos de Castilla*, alejado, desde luego, de esta estética avanzada, descubría características que nos permiten hoy entender mejor este libro, ya que veía en él autor a «un joven poeta que se ha escapado de la mazmorra simbolista», y en el libro además de «verdaderos prodigios de técnica», «una sana nostalgia de elementalidad lírica, de retorno a la inspiración popular». Las palabras de Machado descubrían con claridad el valor de esta obra, que, ahora, casi setenta años después, se mantiene con su lección de búsqueda y de autenticidad líricas.

